

dre encerrada en el rincón del armario no hubiera encontrado á su hijo, no hubiera podido venir aquí á buscarlo, á protegerlo con su presencia contra las desdichas que le amenazan.

—Explíqueme V. eso, señora Gertrúdis, porque hace media hora que con grande asombro la estoy oyendo hablar en griego, y confieso mi ignorancia, es una lengua que no conozco ni por el forro.

—Pues la cosa, replicó la portera, es clara como el agua: el armario no se cerraba porque el retrato no quería quedarse dentro y empujaba, Dios sabe cómo, abriéndolo cuantas veces yo, ciega de estos ojos que ha de comerse la tierra, me empeñaba en cerrarlo. Ésa es la historia.

—¿Y de dónde, preguntó Miguel, saca usted semejante desatino?

—Lo saco de que el armario se cerró luego que el retrato estuvo fuera. ¿Por qué no se cerraba ántes?..... ¿por qué se cerró despues?..... ¿Qué hubiera hecho su madre de usted al verse abandonada de su hijo, esperándolo de día y de noche, y él sin parecer

ni de noche ni de día?..... Me parece que hubiera minado el mundo, y llamando de puerta en puerta habria corrido en busca de su hijo para castigarlo con su dolor y con sus lágrimas..... Pues bien, lo que la madre no ha podido hacer por sí misma, ha permitido Dios que lo haga por medio de su retrato. Aquí la tiene V. con el alma hecha pedazos, que ha tenido que llamar muchas veces á la puerta de esta casa para que la abran, que ha tenido que ocultar su nombre para llegar hasta aquí..... V. dirá que no es ella, que no es más que su imágen; mas su dulce y tierna imágen es su recuerdo; su recuerdo, que un pedazo de marfil insensible ha sabido conservar mucho mejor que el corazón de su hijo.

Parecerá inverosímil que una mujer como Gertrúdis se explicára en los términos que acabamos de ver; pero es preciso tener en cuenta que hay una elocuencia que no se aprende y que Dios pone en las lenguas más toscas para que los corazones sencillos puedan expresar mejor que los sabios los nobles sentimientos.

Miguel habia oido á la señora Gertrúdis con la sonrisa en los labios; mas ántes que concluyera de hablar, la sonrisa empezó á borrarse hasta llegar á extinguirse. Entónces se apoderó de la caja, que permanecia encima de la mesa, donde la portera la habia puesto, la abrió, descubrió el retrato é imprimió en él sus labios un tanto trémulos, exclamando:

— ¡Mi madre!..... ¡Ah!..... ¡Cómo he podido yo olvidar á mi madre!.....

La señora Gertrúdis no se aplacó con esta muestra de arrepentimiento, y cruzando los brazos sobre el pecho, movió la cabeza lentamente y dijo:

— Esa madre ya sé yo que perdonará á su hijo, pero hay otra madre que no lo perdonará á V. nunca.

— ¡Otra madre!..... exclamó Miguel.

— Otra, repitió la portera.

— No he tenido nunca más que una, replicó el secretario del Duque, y siempre he creido que era imposible tener dos madres.

— Sí, pero ella tuvo madre.

— ¡Ella!.....

— Ella. Y V. pudo salvarla y ha querido usted que se pierda.

— No entiendo, dijo Miguel.

— Pues es muy sencillo..... La pobre muchacha no tenía más amparo que V., y V. la dejó desamparada..... Ustedes se querian desde el primer día que se vieron; cosa muy natural, porque parecian ustedes el uno hecho para el otro.

— ¿Y bien? preguntó Miguel.

— Nada..... Cuando yo le dí la carta que usted dejó para ella encima de la mesa me besó la mano llena de alegría.

— ¿Y despues?

— Despues la vi en la ventana.

— ¿Y qué?

— Lloraba como una Magdalena.

— ¿Y luégo?

— Luégo la robaron.

— ¿Quién?

— Un ladron de mujeres..... un infame que la perseguia..... Hubo un incendio en la casa, y Magdalena desapareció sin que se haya sabido más de ella.

Miguel, que hasta entónces habia perma-

necido de pié, se sentó pensativo, y despues de un instante dijo :

— ¡Pobre Magdalena!

En esto se oyeron pasos en la biblioteca y una voz que decia :

— No es necesario que nos anuncies..... puedes ahorrarte ese trabajo..... Además, la cosa urge, y yo no soy hombre que me resigno á perder el tiempo en cumplimientos inútiles.

— Ah, es Medina, exclamó Miguel levantándose.

En efecto, era Medina, que entró con la misma franqueza que si hubiera entrado en su casa. Detras de Medina entró Guillen, y los tres amigos se abrazaron miéntras Miguel decia :

— No os esperaba tan temprano.

— Pues es preciso que no se nos haga tarde. Toma el sombrero y vamos, que el coche nos espera en la puerta.

La señora Gertrúdis aprovechó la ocasion del abrazo, deslizándose y saliendo de la habitacion sin que nadie reparára en ello. Casi al mismo tiempo entró Fermin, que dirigiéndose á Miguel le dijo :

— La señora Marquesa desea verlo á V. esta mañana.

Guillen y Medina se miraron, poco satisfechos de lo que acababan de oir, y el primero se adelantó diciendo :

— Supongo que dejarás para despues el cumplimiento de esa especie de órden que la superioridad te comunica por la boca de un lacayo, pues en el órden de los tiernos afectos ya se sabe que los amigos son ántes que las mujures.

— No se trata aquí solamente, añadió Medina, de dos amigos, de dos hermanos; se trata además de un buen negocio y de un gran almuerzo, y aunque las mujeres cuestan mucho al tonto que las paga, la verdad es que ninguna vale tanto.

— No obstante, replicó Miguel, hay tiempo para todo..... Me esperais aquí tres minutos, que es el tiempo que yo necesito para ver á la Marquesa, y en seguida soy vuestro..... Allí teneis libros..... nada ménos que una biblioteca..... aquí cigarros de regalo..... ahí periódicos..... Esto va á ser un abrir y cerrar de ojos.

—Vamos, exclamó Medina, la señora te tiene en un puño.

—Va á ser necesario, advirtió Guillen, que le pidamos permiso á la señora para dirigirte la palabra.

Nada contestó Miguel á esta doble observacion, sin duda por no detenerse, pues cogió el sombrero y desapareció por la biblioteca.

Medina tomó un habano y Guillen cogió un periódico, diciendo el primero:

—Decididamente, no nos conviene esta Marquesa.

—No, contestó el otro; la criolla es mucho mejor partido.

Y ambos guardaron silencio, como dos personas que todo se lo tienen dicho. Medina, más activo, comenzó á pasearse, mientras Guillen, más cómodo, se tendió en una butaca.

Así esperaron, uno fumando y otro leyendo, saboreando cada uno para sí el cigarro y el periódico. Medina llenándose la boca de humo de tabaco y Guillen llenándose los ojos de humo de imprenta.

CAPÍTULO VI.

Dos noticias interesantes que no tienen nada de particular.

No tardó Miguel tres minutos en subir al cuarto principal, porque esta vez tenía su impaciencia un pretexto que no debemos desconocer. Es muy posible que el afán de ver á la Marquesa lo impulsára á subir la escalera como suelen bajarla los chicos cuando salen del colegio, esto es, á dos, á tres y á cuatro escalones; pero sin duda nuestro héroe subía, digámoslo así, á escape, creyendo de buena fe que se apresuraba tanto únicamente por no hacer esperar mucho tiempo á sus amigos. Cosa bien natural si se